

# EN PARACAIDAS

(Tercer Lugar)

Por Alejandro Rosales

A Mary Grace, que escribió esto  
conmigo una tarde en Nueva York

Laideé se tomó una fotografía con un traje de María Antonieta. Yo, sí, yo, escogí un sombrero de Joe James. No salí en la foto. Laideé apareció con una sonrisa que no decía si María Antonieta iba a morir o a contraer nupcias con Joe James. Por eso pagamos dos dólares y no hicimos otra cosa que beber café y mirar flotando a Nueva York en la neblina. La tarjeta postal se nos manchó de café y las letras dirigidas a Marino se borraron, solo quedó esto:

    "alto  
        no voy  
            cama  
                dormido"

Una sepia se extendió como un mapa de un tesoro y en escalera; *alto no voy cama dormido*. Después de todo nos gustó el juego, Laideé rió a toda boca porque el café caliente me mojó los *güevos*. Compramos otras tarjetas con el mismo motivo; el Empire State y después como dos arañas a escondidas nos lanzamos en paracaídas en Times Square. Nos metimos en un cinito pornográfico y nos quedamos dormidos. Comimos por la 43, Laideé comió pata, yo preferí una hamburguesa y una cerveza. Leímos las tiras cómicas del New York Times y las hicimos tiritas contando hasta 27 tripas de papel que hacíamos bolitas y las metíamos en los ceniceros negros con cabeza de elefante. Laideé me guiñaba el ojo y me daba pequeños puntapiés, yo también le guiñé el ojo, me gustaba.

"¡Alto no voy cama dormido!", pronunciábamos en voz alta en el metro y reíamos porque la gente nos miraba y se miraban entre ellos mismos. Laideé se agarraba de mi brazo y me daba empujones cada vez que se aproximaba una parada del colectivo. Se veía contenta esta Laideé de Guanabara, su boca se torcía húmedamente y sus palabras eran unas hormiguitas que salían de su boca y volaban. Recordaba Guanabara, decía que los negros de allá saben reír a pesar del hambre y que los negros de acá no ríen, que se atrapan en las paredes y por las ventanas de Harlem sacan las manos negras y largas como si estuvieran en las rejas de una cárcel. Jalen el viento con las ropas y luidas, son negros tristes me decía, a pesar de la violencia que respiran, estos negros son muy tristes, aún con la música que en cuchillos nos cortaba el oído.

¡Oh qué cosas! Las bancas del Central Park llenas de comensales bolsa en mano. Nos tiramos en el pasto rapado, las bandas de niños corrieron al otro lado del lago; tufo, botes de cerveza y envolturas de pan, Nueva York que se asoma por entre las copas de los árboles en el verde oscuro, y los enamorados con las manos sobre el sexo y un policía que escucha su Walkie Talkie, mientras un niño a nuestro lado es testigo del beso.

"Las avispas, antes de volar limpian los cristales de su aparato. Mueven su boquita, la lengüita la pasan por las mejillas y un agudo ruido se descuelga por las orejas de los árboles. Algunas avispas usan pantalones con rayas amarillas, blusas negra y cara roja, son supremamente elegantes cuando vuelan, se detienen donde quieren, sus mochilas para el polen pueden almacenar lo suficiente para que coman tres reinas y treinta y cinco zánganos en el restaurant "Las flores del Central Park". Se paran, se miran de reojo girando la cabecita, se alinean el saco transparente y soplan dulzura en las hojas verdes...

El pasaje no es mío, es de Ta, le dije. Ella me miraba mientras quebraba el cigarrillo sobre el libro de Tatuentos. Prendió otro cigarrillo, me lanzaba anillos

de humo y me besaba Laideé la de Guanabara. Tenía la música en sus labios, los teclaba y soltaba la blusa y yo podía ascender a las colinas de su pecho con mis labios. Calientísimos estuvimos, Laideé perdió su zapato izquierdo, caminó descalza, y en la tarde Nueva York, en el vientecillo fresco y el chasquido de la lluvia que viene nos perdimos en Park Avenue.

María Antonieta riendo se veía coqueta, el verdugo ni la esperaba así, hasta se puso nerviso, Joe James era testigo de esto y le lanzaba flores. Un vestido alto, el pelo rizado, los guantes blancos que en lo oscuro de la hoja metálica negra parecían palomas.

Joe James se atrevió a hacer un disparo, al público no le gustó, le parecía ridículo y fuera de tono; alguien protestó lanzando una cáscara de plátano en la arena; un fotógrafo fue retirado a golpes cuando intentaba tomar un close-up de María Antonieta.

¿Quiénes caminaban? ¿Nosotros o los edificios? Eran unos grandes espejos que desde lo alto como barras de hielo descendían del cielo, mientras sobre las bancas los niños brincaban en el tiempo. Nos movían, y las ventanas, cientos de ellas tenían las manos de que hablaba Laideé, yo estaba cansado y no quise recordar. Aquello fue tremendo.

Niná — Niná — Niná